

LOS PERPLEJOS

Cynthia Rimsky

Santiago: Sangría, 2009, 385 pp.

“En realidad contemplo mi trizadura que transporto como un hogar” escribe, a modo de conclusión, Cynthia Rimsky (chilena, 1962) en *Poste Restante* (2001), su primera novela. Se cierra entonces el proyecto de encontrar la tradición de sus antepasados, cortada por el holocausto, y se cierra también el proyecto de escribir su novela; sin embargo, con esta afirmación la autora delinea las señas de su identidad y abre el proyecto de su poética, una trizadura que se traducirá en una escritura constituida como un terreno móvil, un espacio que juega con los límites: memoria partida, significada en la exposición de objetos y fotografías; un género referencial en tanto autobiografía, pero también la ilusión de la novela y el recorrido para llegar a escribirla. Lo anterior transformará el libro en un espacio que juega con los límites, con muchos blancos entre negros, un soporte para la escenificación de un proceso de viaje, de búsqueda, de construcción. Esa es la estructura que articula Rimsky y que volveremos a ver, matizada, en su última producción¹ *Los perplejos*, esto en la medida que la obra se construye por dos relatos que coexisten en el libro, y que uno es consecuencia del otro.

En una tarde calurosa de verano, mientras cuida el conejo de unos amigos, la narradora del texto descubre, olvidada en un estante, la biografía de Maimónides, filósofo judío, autor de la *Guía de los perplejos*. Algunos años antes, Ortuzio descubre en un viejo mercado persa la *Guía de los perplejos*, y se lo regala a la narradora. Este par de encuentros casuales despertarán en ella el deseo de saber quien era Maimónides, y sentada a la orilla de una piscina con la biografía entre sus manos, urdirá el plan de escribir una novela sobre las cavilaciones del sabio. Mientras esto se cruza en su cabeza, un ratón se ahoga en la piscina, “si el asco me impedía ayudarlo, lo que podría llamar sentido humanitario, me impedía abandonarlo” (17).

“Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber” (23), dice la frase que el joven Maimónides descubre mientras revisa una traducción de la

¹ La tercera después de *La novela del otro*, 2004.

Metafísica de Aristóteles, un encuentro casual que lo retrotrae a sus primeras lecturas y le despierta el deseo que hasta entonces permanecía dormido: conocer, entender lo que dicen las escrituras. Ligar religión y ciencia, y así iluminar la lectura de los textos judíos. A partir de ahí, surge el proyecto de la redacción de lo que será la *Guía de los perplejos*. Se preguntará Maimónides, “¿Qué hace un hombre inteligente para bajar a lo hondo del pozo? ata unas sogas con otras y unos cordeles con otros?. Lo mismo que hago con mis pensamientos” (52). Concluimos que siempre existe el riesgo de ahogarse.

Como vemos, la premisa de la que parten los relatos es la misma: ir al fondo del conocimiento. En el caso de Maimónides se tratará, en un principio, de una interpretación científica de las escrituras, que luego será el proyecto del *Compendio de la ley*, que con sus “normas simples y claras se transmitirá de generación en generación, manteniéndolos unidos como pueblos en la tradición y la Ley”.

En el texto de la narradora, el motor será la intención de llegar al fondo de este personaje aparecido en su vida producto de casualidades, sin embargo, ambos proyectos fracasan. El de Maimónides en la medida que la persecución árabe va obligando la dispersión de la escritura y el posterior ocultamiento de ésta, de manera que el sabio deberá recodificar y oscurecer su texto —“habiendo desplegado la verdad me veo compelido a ocultarla” (374)—, volviendo a cero su intención de iluminar el conocimiento. Por otro lado, el intento de la narradora por construir la novela se cerrará cuando descubra que no hay verdad ni para contar, ni para transformar, y que toda su documentación son solamente fábulas. De esta manera, uno cerrará su proyecto porque hay que ocultar la verdad y la otra porque ésta no existe, se perdió, no está, “la sensación de haber caído en un error tan hondo que ninguna cuerda alcanzaba a tirar de mí se acentuó después de que en Córdoba el verdadero especialista medieval me dijera que de todas formas lo que yo había leído eran fábulas” (123). Descubrimos que el fracaso de Maimónides es simplemente el reflejo de la narradora ahogándose en una piscina: la novela se constituirá como el desafío para salvarse y nadar en ella, como una apuesta que curiosamente se ganará mediante el texto: en la denuncia de lo inabarcable, se está precisamente abarcando.

Los perplejos, entonces, será principalmente una reflexión sobre la escritura, el recorrido y los trazos que la articulan. Estas señas se significarán en el motivo del viaje y el proceso de su construcción se presentará como parte del diario de viaje de la narradora, cuaderno que registró todos sus movimientos, desde la piscina hasta los días en Valdivia, el vuelo a Córdoba

y su asistencia a un congreso de filosofía medieval y su posterior recorrido por Los Balcanes. De esta manera, el libro es también un compendio de historias mínimas, el cual nos revelará un nuevo sentido del relato: mirar la piedra hasta encontrar su forma, es decir, el gesto mismo de la narradora que nos dice que su principal conocimiento consistió en aprender “a armar un hogar con una cortina y un mantel, a conservar la comida en potes plásticos” (364), y así si no hay novela, todo eso será el único cuerpo del texto.

A partir de estos puntos dibujamos la correspondencia con la estructura que describíamos para *Poste restante*, estableciendo en la poética de Rimsky la omnipresencia del viaje y con éste, el sentido de la búsqueda, traducido en la insistencia en juntar fragmentos, que si en *Poste restante* fueron trozos de recuerdos y objetos hallados, en *Los perplejos* serán los restos de lecturas de biografías y novelas: los libros que coexisten en su mente, siendo ellos el material para la construcción de la biografía, como por ejemplo la tormenta que atraviesa el sabio, inspirada en Joseph Conrad, o la homologación de los pasajes de Maimónides con las miles de citas que habitan su cabeza, llevándolo todo hacia el mismo plano, la ficción o la realidad (esa es una duda que no interesa contestar en la escritura de Rimsky).

Al terminar el libro nos encontramos con una narradora que se planteó el desafío de caer a la piscina o al pozo, y se echó a andar o a nadar, entregándonos, honestamente, la inutilidad de la persistencia, llegando a ser el libro un soporte para la estructura que no alcanzó a ser, que no quiso ser y que así se transformó en la hermosa obra que es *Los perplejos*.

Constanza Ramírez